

# RETRATOS Y HETERODOXIAS EL ENSAYO CONTEMPORÁNEO EN COSTA RICA 1980-1995

CARLOS FRANCISCO MONGE

A diferencia de los otros géneros literarios, que gozan de cierta inmunidad desde el punto de vista conceptual, en los estudios sobre el ensayo como modalidad discursiva suelen aparecer dudas, interrogantes e inseguridades. Pese a su ya larga historia, la noción sigue siendo objeto de reflexiones y revisiones. Como el propio Montaigne ya ha dicho lo esencial del que sería con el tiempo un nuevo género, baste por lo pronto con señalar los rasgos fundamentales de un género discursivo que ha sido, a su vez, producto de la modernidad y crítico de sí mismo como forma de escritura<sup>1</sup>. Destaca, en primer lugar, el hecho de que nació como un discurso analítico y escudriñador de la realidad; su destino no fue el canto, ni la narración ni la representación, sino la contemplación crítica del mundo, y la adopción consciente de una actitud. En segundo lugar, lejos del tratado sistemático o de los afanes totalizantes de la ciencia positiva, el ensayo es discurso libre y reflexivo, no dogmático y sin pretensiones de sistema; lo cual nos conduce a otros dos rasgos: que está hecho para hablar de cualquier tema (variedad de contenidos), y que en él coexisten o cohabitan diversas formas del quehacer de nuestra cultura (la ciencia, el arte, el pensamiento); es decir, que el ensayo es a un tiempo discurso ideológico y artístico. Suele decirse con razón que estamos ante una escritura que privilegia lo expositivo-argumentativo, porque en el fondo no es otra cosa que la ilusión de persuadir a quien lo

<sup>1</sup> En efecto, no es este el sitio ni la ocasión para detenerme en problemas conceptuales sobre el género ensayístico. Me limito a señalar algunos rasgos básicos del marco discursivo en torno a la noción de ensayo.



lee lo que impulsa al ensayista a dar cuenta de sus ideas. Y un último rasgo, mencionado en nuestros manuales y textos didácticos: su carácter fragmentario, lo que nos lleva a un ejercicio etimológico: ensayar como examinar, probar, intentar, sopesar; es decir, pensar. Aunque la escritura ensayística se proponga reflexionar metódica y razonadamente, no busca ni la totalidad ni la exhaustividad: reflexiona sobre lo que tiene ante sí, sin otro afán que dar nueva luz, descubrir una

dimensión particular, iluminar este o aquel resquicio olvidado o desconocido de la realidad observada. Lo suyo no es lo definitivo, sino lo especulativo.

Como género, el ensayo ha sido objeto de curiosas divergencias. No son pocas las historias literarias que lo han relegado a un espacio reducido y marginal, como lo «no literario», o lo parcialmente literario, a diferencia de la literatura propiamente dicha. La razón: la categorización de los textos artísticos entre sendas situaciones comunicativas: una real (el ensayo) y una imaginaria (las otras formas literarias canónicas). Pese a ello, el ensayo es reconocido como literario, o cuando menos como una forma de escritura asociada a la literatura, puesto que, bien mirada, la distinción entre lo literario y lo no literario a partir de su condición comunicativa (imaginaria o real) apenas se sostiene conceptualmente para legitimar o desechiar un texto de la cultura. Quizá haya sido la misma alergia a la doctrina o a la doxología, propia del ensayo a lo largo de su historia, el factor que lo ha puesto en entredicho como forma de escritura.

La situación y desarrollo del ensayo en Costa Rica corresponde, en lo fundamental, con las manifesta-

ciones del género en su contexto hispanoamericano. El ejercicio ensayístico ha estado cerca de la actividad política, la jurídica y la educativa de la nación; y por lo general ha estado a cargo de aquellos escritores que, además, han cultivado otras formas de literatura. Poetas, novelistas, pedagogos, abogados y periodistas han visto en la opción de la prosa ensayística un espacio para reivindicar sus ideas y propuestas; por lo general, en torno al destino de la patria. Este rasgo se ha ido acentuando, y ha cobrado especial vigor después de la segunda mitad del siglo XX, con la fundación de los principales centros universitarios, y el desarrollo y consolidación de grupos intelectuales, con marcada solidez en su formación académica. Entre los principales ensayistas y pensadores del pasado predominaron los abogados y los pedagogos, muchos de ellos con antecedentes en el ejercicio de las letras: Joaquín García Monge, Omar Dengo, Vicente Sáenz, Roberto Brenes Mesén, Mario Sancho, Moisés Vincenzi, Mario Alberto Jiménez. El periodismo y las aulas fueron, en aquellos años de escasez editorial, los principales espacios en los que germinó una forma de escritura que se avenía con las condiciones de una sociedad moderna en formación

Con el relanzamiento de la Universidad de Costa Rica (1940)<sup>2</sup>, la creación de la Universidad Nacional (1973), y poco después la fundación del Instituto Tecnológico de Costa Rica (1976), el campo de acción intelectual se amplió considerablemente. Nuevas generaciones, nacidas al amparo de esas universidades, han desarrollado desde entonces una vasta labor en el campo de la cultura, y en particular en el del pensamiento. La organización de centros universitarios y facultades que se ocuparían de las letras, las ciencias políticas, la sociología, el derecho o la filosofía han propiciado la ampliación de los campos de interés, la integración de disciplinas, y una más dinámica percepción de los hechos culturales. Esta modernización también incluyó un notable mejoramiento en la oferta editorial, y naturalmente, más oportunidades para la creación y la publicación. Pese a algunas pequeñas diferencias, el espacio de acción del ensayo contemporáneo en Costa Rica, al igual que la producción literaria en general, han resurgido de modo notable en las últimas tres décadas: dos o tres editoriales universitarias, una editorial estatal, algunas editoriales de los Ministerios de Cultura y de Educación, y varias privadas han conseguido que las letras contemporáneas

<sup>2</sup> Antes de esa fecha existían, como resabios de una antigua universidad, la de Santo Tomás las facultades de Derecho y de Farmacia. No es sino en 1940 que, ya con el nombre de Universidad de Costa Rica, se reorganizaría y crecería la institución, hasta la actualidad.

estén en mejores condiciones que las de la primera mitad del siglo XX. Ampliado o completado, ese espacio de trabajo también está abierto en las revistas especializadas (también de procedencia universitaria) y en algunos diarios de gran circulación en el país<sup>3</sup>.

Un panorama del ensayo contemporáneo obliga a ciertas simplificaciones, y a un ordenamiento por temas y tendencias predominantes. Si las principales preocupaciones de la primera mitad del siglo XX entre los ensayistas costarricenses fueron la educación y la política, en la actualidad las tendencias son mucho más amplias y ricas. A una sociedad ocupada en reafirmar los principios generales de una democracia moderna (propio de la primera mitad del siglo), le ha seguido una comunidad más numerosa y compleja, urgida de instalarse en las corrientes de acción y pensamiento lo más pronto posible. Atendiendo esa condición, y para los fines más o menos didácticos de estas páginas, hemos decidido proponer una clasificación, por sus temas y afinidades, al ensayo contemporáneo de Costa Rica, en tres grandes ámbitos: el ensayo y la actividad crítico-literaria; el ensayo sobre cultura y sociedad; y el ensayo filosófico. No hace falta decir que este ordenamiento no está libre de excesos y apresuramientos: ¿qué escrito filosófico no es social?, ¿por qué separar la crítica literaria del ensayo sobre la cultura?, pero no es más que un punto de partida; y, si se quiere, una manera de ensayar.

### El ensayo y la actividad crítico-literaria

La crítica literaria en Costa Rica tiene una peculiar trayectoria. Nació a principios de siglo al lado de la crónica social; muy pocas veces censuró, y posteriormente se alojó, durante un largo período, entre las gacetillas de los periódicos y algunas efímeras secciones dedicadas a las letras<sup>4</sup>. A lo largo de la década de 1970, y sólo en parte por influencia del desarrollo de las teorías literarias por entonces recientes y novedosas, tiene lugar un notable repunte en los estudios sobre literatura, y con ello una revitalización del ensayo asociado a la crítica literaria. Se consume, así, un rasgo moderno del ensayo: su condición de metadiscursivo; analiza (crítica) las formas del decir (artístico).

<sup>3</sup> En este último caso, resulta interesante señalar la importancia que ha tenido el poderoso diario *La Nación*, cuya página 15 ha sido consagrada como espacio para la difusión de artículos de fondo en rigor, ensayos de destacados intelectuales costarricenses, por lo general no pertenecientes al plantel de esa empresa editorial. Esta modalidad de la página 15 fue establecida hacia 1967, y sigue vigente en la actualidad. Otros periódicos, de menor circulación, han desarrollado proyectos semejantes: el semanario *Universidad*, el diario *La República*, entre otros.

<sup>4</sup> Hay las excepciones de rigor: Roberto Brenes Mesén, Moisés Vincenzi, en una primera época, y Abelardo Bonilla y León Pacheco, después, hicieron, antes de la década de 1970, notables contribuciones a los estudios literarios en Costa Rica.

El rasgo que mejor caracteriza la ensayística sobre la literatura, a partir de esos años, es la cautela ante lo establecido, y la preeminencia de las preocupaciones epistemológicas. En 1979 Manuel Picado Gómez (n. 1948) publica *La ruta de su evasión*, de Yolanda Oreamuno, notable trabajo que consigue poner en entredicho los hábitos y manías de la crítica literaria en Costa Rica; se trata de un ensayo que antepone problemas esenciales de teoría del conocimiento, y del método, para fundamentar las nuevas nociones sobre la literatura misma. Las inquietudes teóricas de este «deslinde metodológico» (así denomina su autor el estudio) se han vuelto, a su vez, contra el metadiscurso de la crítica literaria; no entra en juego tanto el texto literario, como el estatuto mismo del discurso crítico. A esta misma vocación han respondido las obras posteriores de Picado Gómez: *Literatura/ideología/crítica* (1983) y *El envés de la red* (1985); aquél, un ensayo que al mismo tiempo busca hacer crítica literaria, reconoce que produce ideología, y en cierto sentido, hace literatura; y éste, un grupo de estudios sobre la actividad literaria, en cuanto conglomerado de acción imaginativa e ilusión de verdad.

María Amoretti acompaña y continúa esta tendencia, aunque disminuye la libertad imaginativa de Picado, en favor de la sistematización, con el apoyo en modelos de trabajo. En *Debajo del canto* (1987) develiza el entramado ideológico del himno nacional costarricense, y en *Introducción al socio-texto* (1989) acentúa la importancia desde las modernas semiologías del valor social en el texto, y en consecuencia, de la noción de la literatura como práctica social. Siguiendo los postulados fundamentales de la socio-crítica contemporánea afirma que «la noción de socio-texto responde a una nueva poética, una poética de la socialidad en la que escritores y lectores deben comprometerse en una misma iniciativa: la de reconstruir y poner en circulación la energía primordial del lenguaje, su fuerza imaginativa y metafórica» (Introducción..., p. 158). De esta misma tendencia participa Sonia Marta Mora (n. 1953), cuyos trabajos sobre Sor Juana Inés de la Cruz (*Las poetisas del buen amor*, coautora, 1991) y Joaquín Fernández de Lizardi (*De la sujeción colonial a la patria criolla*, 1995) son ejemplos de la importancia que en esta modalidad del ensayo costarricense tiene la interpretación del mundo a la luz de sus complejas relaciones con la ideología, sus múltiples contextos, y las diversas lecturas a las que está expuesto<sup>5</sup>.

Sin una sujeción expresa a modelos de análisis, pero coincidiendo con el interés en situar rigurosa y documentadamente la literatura en su proceso político y cultural, son los estudios de Alvaro Quesada Soto y Juan Durán Luzio. Quesada Soto ha reunido sus trabajos sobre las letras costarricenses en dos libros fundamentales: *La formación de la narrativa nacional costarricense* (1986) y *La voz desgarrada* (1988); en los que explica los orígenes históricos e ideológicos de una producción literaria nacional, y recupera el valor que para toda reflexión sobre lo literario tiene su configuración verbal, desde un enfoque histórico-social. También desde la actividad universitaria, Juan Durán Luzio (n. 1942) ha aportado una valiosa interpretación al tema de la americanidad en las letras hispanoamericanas; éstas son portadoras de una fe en el porvenir, y esto le ha dado cierta identidad. En *Creación y utopía: letras de Hispanoamérica* (1979), Durán Luzio explora y analiza los hitos que a lo largo de la historia desde la colonia hasta nuestros días han mostrado que la literatura ha sido una respuesta a ese valor esencial: la utopía del americano. En *Lectura histórica de la novela* (1982) muestra que el documento histórico y la imaginación creadora no están separados; por el contrario, la fuente verdadera de la novelística hispanoamericana se atiene con precisión a la realidad. Esta mutua fecundación entre textos históricos y literarios también es objeto de un meticuloso análisis del discurso de la conquista: en Bartolomé de las Casas ante la conquista de América (1992) explica cómo la escritura es fuente de información y diálogo entre la evidencia histórica, la ética de la denuncia y el ejercicio de la palabra como instrumento político, rasgos que han caracterizado el quehacer artístico de Hispanoamérica a lo largo de los siglos.

Esta voluntad de esclarecer y delimitar las relaciones entre el universo textual y la historia se ha acentuado con los años. La historia social no ya no es solo fuente nutricia de la literatura; es un espacio más de sentido, y los textos literarios son formas y tentativas de integrarse en él. Flora Ovares y Margarita Rojas quienes ya habían publicado, con Sonia Marta Mora, *Las poetisas del buen amor* caracterizan la literatura a la luz de estructuras de sentido y unidades ideológicas que organizan el texto artístico; ejemplos de ello son *La casa paterna: Escritura y nación en Costa Rica* (1993) y *En el tinglado de la eterna comedia* (1995)<sup>6</sup>.

La novelista Alicia Miranda Hevia (n. 1952) también ha ejercido desde una perspectiva similar la crítica literaria con su *Novela, discurso y sociedad* (1985),

<sup>5</sup> En general, las tesis de Mora y Amoretti tienen su origen en la escuela de sociocrítica de Montpellier (Francia). Además de los trabajos de estas autoras existen en Costa Rica contribuciones interesantes, de procedencia académica, como las de Ligia Bolaños, Jorge Chen Sham, Amalia Chaverri o Danielle Trotter.

<sup>6</sup> De estos dos libros son coautores, además, Carlos Santander (†) y María Elena Carballo, el primero; y Alvaro Quesada y también Carlos Santander, el segundo.

pero ha evolucionado hacia formas más libres de la escritura ensayística. En el preámbulo a *Las sílabas azules: proposición de lecturas* (1991) sostiene que sus lecturas «resultan del tiempo que vivimos y de mi gusto; visión individual tanto como colectiva, reflejan encuentros entre amigos (y enemigos), homenajes entre escritores, ecos y correspondencias de una época». Se trata de un sesgo epistemológico de interés: el ensayo sobre la literatura hecho desde la imaginación creadora, y a cierta distancia de la rigidez de las fórmulas<sup>7</sup>. A medio camino entre la disertación y la interpretación abierta y personal, esta modalidad ha recobrado valor; el ensayo se ha lanzado por los caminos de la especulación, sin rozar la mera improvisación. Otras formas del ensayo de crítica literaria, quizá más propensas a la evocación lírica y al despliegue creador a partir de otros textos, son los escritos —por lo general en diarios y revistas— de los poetas Jorge Charpentier (n. 1933) y Alfonso Chase (n. 1945), éste último autor de *numerosas antologías y recopilaciones, por él prologadas: Narrativa contemporánea de Costa Rica* (1975); *Las armas de la luz* (1985), entre otras. El oficio del escritor (de ficción) como crítico literario, resulta casi una necesidad y un apostolado, ante el difícil acceso a las páginas de los diarios y revistas; así se ha practicado un ensayo-crónica, o ensayo-reseña, que no intenta otra cosa que promover la lectura y atención a la creación literaria costarricense. Escritores como Isaac Felipe Azofeifa, Alberto Cañas, Carmen Naranjo, Carlos Rafael Duverrán o Carlos Morales, han cultivado el ensayo con apego a esas condiciones.

### El ensayo sobre cultura y sociedad

En las sociedades en formación, y en las sociedades en transformación, el ensayo es una señal de avistamiento de las imperfecciones y beneficios de sus procesos. Si bien el ensayo no lo es todo, en este camino de discursivización de la historia, cumple un papel primordial: analiza, critica, descrece, puntualiza y conmociona. Son otras las actividades de la novela y el poema. A diferencia de la relativa homogeneidad del ensayo como crítica literaria, toda agrupación del ensayo sobre cultura y sociedad resulta, irremediablemente heterogénea; aunque al mismo tiempo más rica y provechosa.

La sociedad costarricense, reducida y pacífica, y

<sup>7</sup> El autor de las presentes páginas también se halla cerca de esa modalidad ensayística en *La imagen separada: Modelos ideológicos de la poesía costarricense* (1984). Manuel Picado Gómez sigue siendo un ejemplo importante del ensayista metódico e imaginativo, sobre todo en el citado *El envés de la red*.

sin grandes espectáculos históricos, se dedicó durante la primera mitad del siglo XX a echar las simientes de una democracia moderna. Su innegable vocación civilista llevó a sus gobernantes y grupos intelectuales a poner en práctica reformas políticas con un marcado acento en la instrucción pública<sup>8</sup>. Los grandes maestros de casi cinco décadas fueron, al mismo tiempo, escritores, pedagogos y políticos. Son los años de desarrollo de un estado liberal, y al mismo tiempo del fortalecimiento de una cultura nacional. La segunda mitad del siglo supuso otras condiciones: la irrupción de nuevas concepciones políticas, transformaciones sociales y económicas, y una conciencia *quizá más aguda y problematizada que treinta o cuarenta años antes* de la identidad cultural de la nación. Sobre todo a partir de 1970, la sociedad contemporánea se ve ante un mundo mucho más complejo, que obliga a nuevos proyectos y a nuevas respuestas.

Para los sectores intelectuales y *para el desarrollo del ensayo*, siguen siendo objeto de análisis y reflexiones la educación y la política; pero junto a ellas, se han abierto nuevos caminos y alternativas de acción. De las universidades han surgido saberes y esclarecimientos: la sociología, las nuevas teorías pedagógicas, la ciencia y la tecnología, la lingüística, la antropología, el derecho; y un fondo de activismos asociados a reductos particulares: el movimiento feminista, la identidad cultural (nacional o regional), las contraculturas, las reivindicaciones religiosas, etc. Todas esas formas del ensayo comparten un diseño: analizar y dar respuestas a las nuevas condiciones de la sociedad, cada vez más dependiente y vulnerable, y cada vez menos arcádica.

La educación y el desarrollo. Herederos de una fe en la educación como dínamo del cambio social y político, varios ensayistas costarricenses han creído ver en la misión pedagógica y la instrucción ciudadana, la clave del fortalecimiento democrático. La tesis fundamental: la comprensión y protección de lo público (la res publica) solo cabe por la vía de la racionalidad y el conocimiento cabal de nuestras condiciones, y nuestra herencia política; pero este conocer implica, además, convertirnos en arquitectos de los nuevos edificios sociales que requiere la nación. Esta figura es la que animó a lo largo de los años a pensadores como Carlos Monge Alfaro (1909-1979) o Isaac Felipe Azofeifa (n. 1909); poeta éste, historiador aquél, y ambos graduados del viejo Instituto Pedagógico de Santiago de Chile. Entre sus muchos

<sup>8</sup> A diferencia del resto de países latinoamericanos, en todo lo que va del siglo XX Costa Rica sólo conoce un golpe de estado, en 1917, cuyo régimen de facto pronto feneció. En 1949, en forma unilateral, esta república abolió, por mandato constitucional, el ejército.

escritos sobre el papel de la universidad, Monge Alfaro sostiene en *Universidad e historia* (1978) que no se pueden separar el desarrollo del conocimiento y los adelantos científicos, de las tareas sociales y políticas; el paso de la universidad «napoleónica» a la institución abierta es tan necesario como el análisis minucioso de las posibilidades reales de una nación. Esta especie de humanismo desde la pedagogía, en el que se formó Monge Alfaro, y que lo llevó a los afanes de una universidad sin muros, es una respuesta cuya fuerza radica en los aspectos éticos, más que jurídicos; la educación es un deber, más que una profesión, y por ello ha de cumplir un papel cardinal en el destino político de la nación.

Diseminada en diarios y revistas, la obra ensayística de Isaac Felipe Azofeifa es variada y profusa. En medio de sus escritos sobre estética y literatura, política y sociedad, destacan sus ensayos sobre la educación costarricense. Del período que abarcan las presentes páginas están *Humanismo crítico* (1979) —en torno a los estudios generales en las universidades—, y *Prosa con ton y son* (1993), que reúne una selección de artículos periodísticos. Como Monge Alfaro, Azofeifa defiende la educación como fuente cotidiana del aprendizaje democrático. El conocimiento no es un bien por sí mismo, y la instrucción no se puede limitar a un ejercicio pedagógico llano; el docente ha de ser crítico de la realidad y vigilante de sí mismo y de su historia. La imagen del profesor aborregado, manipulado por el sistema, es uno de los rasgos propios de una sociedad masificada, y a esto Azofeifa opone un ideal de maestro activo, disconforme con lo dado, pero al mismo tiempo con una gran dosis de imaginación y poder creador, para dar respuestas precisas y claras. Es decir, que en su sentido originario, el maestro ha de ser, ante todo, un político.

Históricamente, el pensamiento sobre la educación ha sido abundante en Costa Rica. El ensayo moderno también conoce otras contribuciones, sobre todo aquellas propuestas vinculadas con las estrategias modernas, las metodologías, y la praxis pedagógica. De esto se han ocupado expertos como Emma Gamboa (1901-1976), José Joaquín Trejos (con *Reflexiones sobre la educación*, 1963), María Eugenia Dengo (n. 1926), Mario Fernández Lobo, autor de *Comunicación e ideología* (1988); Francisco Gutiérrez (*Educación y praxis política*, 1982); Mirta González Suárez (*El sexismo en educación*, 1992), y filósofos como José Alberto Soto (1940-1989), autor de *Hacia un concepto de persona* (1972) y *La educación actual en sus fuentes filosóficas* (coautor, con Amalia Bernardini, 1981), Constantino Láscaris (1925-1979), Fernando Leal (*Filosofía, Política y Educación*

*superior*, 1979), María de los Angeles Giralt, o Guillermo Malavassi.

La ciencia y la tecnología. Las preocupaciones sobre el desarrollo social de la nación, y las consecuencias previsibles de su retraso cultural propiciaron que el ensayo contemporáneo haya extendido sus ramificaciones, desde la temática pedagógica, a una de mayores dimensiones: el papel de la ciencia, y los alcances de la tecnología. Filósofos y científicos se han dado a la tarea de esclarecer los términos y posibilidades de la actividad científica como la respuesta necesaria e inmediata a las condiciones del país. Desde luego, esto ha implicado una previa reflexión, y un examen minucioso del problema. Claudio Gutiérrez (n. 1930) y Rodrigo Zeledón (n. 1930) demuestran que la separación entre las ciencias y las humanidades es artificial, y además arcaizante. Ambos profesores, uno filósofo y el otro microbiólogo, sostienen que las ciencias humanas, las naturales y las exactas son líneas ya no paralelas (nunca lo han sido) sino imbricadas en un solo proceso de conocimiento. El filósofo Gutiérrez, autor además de numerosos escritos sobre el papel de la universidad (reunidos en *De gente universitaria*, 1982), pasó de una primera etapa de formación teológica, sobre la base de las tesis existencialistas, a una indagación más profunda y especulativa de los campos del saber moderno. Sus *Nueve ensayos epistemológicos* (1982) marcan un período caracterizado por la indagación sobre el papel social del instrumental tecnológico contemporáneo, tanto desde una perspectiva filosófica, como desde un fundamento pragmático: ¿cómo ve la ciencia un filósofo?; ¿qué relaciones hay entre epistemología y economía?; ¿hay un vínculo específico entre la lógica y la comunicación? Esas son las preguntas que Gutiérrez pone sobre la mesa del filosofar contemporáneo. Sin suprimir las consecuencias éticas y filosóficas, sus estudios contemporáneos sobre la cibernética y la inteligencia artificial especulan sobre las posibilidades de construir programas, e incluso elaborar modelos de comportamiento (sea para la biología o la psicología, por ejemplo) muy precisos y confiables.

Coincidiendo en sus principios generales, los *Ensayos e ideas científicas* (1975, 1989), de Rodrigo Zeledón corren en la dirección inversa a los de Gutiérrez, en cuanto a sus propósitos. Mientras el filósofo quiere situar la actividad científica a la luz de las consideraciones de las humanidades, el científico Zeledón intenta poner el saber científico en las manos y en el alma del lego, y mostrarle cómo las ciencias (naturales y exactas) son capaces también de abrir interpretaciones sociales y políticas (es decir, humanísticas) de la realidad. Siguiendo algunas pre-

misas generales de las teorías del desarrollo, para Zeledón la actividad científica no solo es útil sino indispensable en los países subdesarrollados, pero ha de estar estrictamente adecuada y dirigida a sus necesidades más concretas y perentorias. Conforme al pensamiento moderno, la actividad científica es, además, práctica política: ninguna ciencia debe atentar contra los valores particulares y generales, de una comunidad. Así, «la tecnología para el desarrollo» —tal el título de uno de sus ensayos— deja de ser un lema promocional, para convertirse en un principio de la ética científica.

No es fácil enumerar las corrientes de pensamiento y de acción que estos dos ejemplos han generado en los últimos años. El pensamiento contemporáneo en Costa Rica es menos gregario, y se inclina por la integración de los saberes, sobre todo en lo que éstos tienen menos de especulativo, y más de clarificador y explicador de la realidad. Encontramos reflexiones sobre ciencia y tecnología en escritos de filósofos como Luis A. Camacho, autor de *Ciencia y tecnología en el subdesarrollo* (1993), Edgar R. Ramírez, Rafael Angel Herra, Max Freund o Guillermo Coronado; en científicos como Alexander Skutch (*El ascenso a la vida*, 1991), Juan Jaramillo (*La aventura humana*, 1992), entre otros.

La sociedad y la política. Está claro que toda reflexión sobre la educación, la ciencia, o las manifestaciones artísticas lleva aparejada una reflexión sobre la sociedad. El ensayo sociológico suma a su proyecto de interpretar la realidad social desde una perspectiva empírica, un deseo de retratarla de cuerpo entero. En Costa Rica, la sociología moderna ha estado marcada por la necesidad de interpretar y explicarse a fondo la trayectoria de la democracia de la república; sea desde la afirmación de sus alcances, o desde la crítica a sus mitos y estereotipos. Además de algunos trabajos pioneros de Marco Tulio Zeledón y Eugenio Fonseca Tortós, hay frutos de interés en las obras de Eugenio Rodríguez Vega, José Luis Vega, Daniel Camacho, Samuel Stone, o Gaetano Cersósimo. Estos trabajos, inseparables de las ciencias políticas (Rodolfo Cerdas, Jacobo Schifter) y de la historiografía (Víctor Hugo Acuña, Vladimir de la Cruz, Rodrigo Quesada), han hecho del ensayo un ejercicio político y un análisis social.

Para el período que nos incumbe, señalemos en primer lugar dos libros de Eugenio Rodríguez Vega (n. 1925), *Biografía de Costa Rica* (1980) y *Siete ensayos políticos* (1982); dos de José Luis Vega Carballo, *Hacia una interpretación del desarrollo costarricense* (1980) y *Poder político y democracia en Costa Rica*

(1982), uno de Samuel Stone, *La dinastía de los conquistadores* (1975), y otro de Gaetano Cersósimo, *Los estereotipos del costarricense* (1978). En ellos el discurso ensayístico se mantiene dentro de los parámetros del rigor académico, pero da luces sobre los orígenes de una sociedad, que si bien es relativamente pequeña, es compleja y cambiante. Con alguna frecuencia, el ensayo sociológico se acerca más al tratado que a la especulación —como ocurre con las obras de Stone o de Vega Carballo, por ejemplo—, pero esto no lo aparta de ciertas metas fecundantes comunes; entre ellas, la necesidad de emprender un análisis minucioso del estado de la sociedad, y de sus implicaciones futuras.

Un ensayo pionero ha sido *La dominación cultural en el subdesarrollo* (1972) de Daniel Camacho. Situado entre la disertación profesoral y una decidida voluntad política, Camacho analiza las condiciones del subdesarrollo económico, la dependencia de los países atrasados, y la directa relación que tienen con el campo cultural e ideológico. Como en el caso del papel de la ciencia y la tecnología, Camacho sostiene que las pautas culturales propias de los países débiles quedan expuestas (e inermes) ante la transmisión de otras pautas de las naciones poderosas, en cuyo proceso colaboran los grupos dominantes antes de los países subdesarrollados<sup>9</sup>. Aunque conocidas y muy aceptadas en el medio latinoamericano, con este ensayo su autor empezó por refutar para el caso de Costa Rica, ciertos mitos en torno a la democracia, el igualitarismo y la armonía social de la república. Signados por el tono académico, y en aras del cumplimiento científico, los estudios posteriores —como los de Vega Carballo, Stone, y Rodolfo Cerdas— han seguido y desarrollado una noción del ensayo mediante la cual la novedad interpretativa, y la audacia no riñen con el rigor argumentativo, la valoración estadística, o la comprobación histórica.

En la sociedad costarricense moderna, el concepto de democracia política ha dejado de ser una noción abstracta, y ha pasado a convertirse en una práctica civil, no obstante la conciencia de sus defectos y limitaciones. En el ensayo sobre ella se ha derivado, casi en forma inevitable, hacia la reflexión sobre la identidad: ¿qué es el «ser costarricense»?; ¿en qué consiste su nacionalidad? Como es de esperar, las respuestas son muchas y diversas; pero este acto de introspección está relacionado con las indagaciones que se han hecho sobre su educación, la ciencia y las artes.

<sup>9</sup> Para el caso de Costa Rica, se trata de los grupos que emergieron al poder político, asociados al cultivo del café. Rodolfo Cerdas y José Luis Vega los denominan «la oligarquía cafetalera»; y alegóricamente, Samuel Stone los llama «la dinastía de los conquistadores».

Varios son los títulos que han surgido en los últimos veinte años<sup>10</sup>: *El costarricense* (1975), de Constantino Láscaris; *Los estereotipos del costarricense*, de G. Cersósimo; *Cinco temas en busca de un pensador* (1976) de Carmen Naranjo; *La cultura del pobrecitico* (1993) de Pierre Thomas Claudet; o *La patria del tico* (1995) de Jaime González Dobles<sup>11</sup>. El ensayo, entonces, se encamina por rumbos de interpretación, y al mismo tiempo de síntesis de ideologías: ahora no se trata de un análisis pormenorizado de una condición histórica y sociopolítica, sino de percepciones específicas de una condición histórica y cultural. Así, las generalizaciones coexisten (y a veces se confunden) con las exclusividades, el lenguaje técnico con las sutilezas de la ironía o del afán didáctico; el tono profesoral y la invectiva moral. El gesto de volver los ojos a la patria resulta también un ensayo de interpretación política y antropológica.

El ensayo feminista. Tímidamente al principio, y con más decisión en la actualidad, el pensamiento feminista se ha incorporado en forma paulatina a la cultura costarricense, en especial en los últimos quince años. Si bien no se puede hablar, *strictu sensu*, de un «ensayo feminista»<sup>12</sup>, hay un pensar cada vez más sistemático sobre la condición de la mujer, lo que pronto ha derivado en un discurso en torno a lo femenino. Una de las primeras manifestaciones de esta moderna reflexión se dio a propósito de la noción «literatura femenina». Los intentos por esclarecer el terreno, de parte de Manuel Picado Gómez, con su ensayo «La literatura femenina» (*El envés de la red*), o de Margarita Rojas, Flora Ovarés y Sonia Mora (*Las poetisas del buen amor*, en particular el capítulo «El segundo sexo: la segunda literatura»), no han impedido que el desarrollo del ensayo sobre el tema haya caído a veces en diversos extremos: el equívoco, el discurso aporético, la norma o la tautología. Pese a ello, en sus mejores ejemplos, el ensayo sobre literatura femenina -y también el ensayo feminista sobre literatura- ha esclare-

cido temas y problemas sobre cultura y sociedad, y sobre las trampas y gazapos del discurso sobre la mujer. Yadira Calvo, en *La mujer, víctima y cómplice* (1981) crítica los valores patriarcales de la sociedad costarricense, y explora la ideología sexista en obras literarias capitales (algunas de ellas clásicas) en *Literatura, mujer y sexismo* (1984); «normalmente recibimos sin examen dice Calvo en el prólogo, junto a los valores estéticos de las obras, una determinada concepción de lo humano. Y como en esa visión aparece el sexo como casta, todos terminamos, en mayor o menor grado, persuadidos de que con él se gana uno su billete de primera o de segunda para la vida». Como en su primer libro, Yadira Calvo retoma y amplía sus reflexiones desde el ámbito social, psicológico e ideológico en ensayos como *A la mujer por la palabra* (1990), y *De diosas a dragones* (1995).

Quizá como respuesta a un primer intento fallido (la *Antología femenina del ensayo costarricense*)<sup>13</sup>, la reciente publicación de *¿Feminismo en Costa Rica?* (1994) recaba y examina con profundidad y soltura los lazos ideológicos, culturales y discursivos de y sobre la mujer en Costa Rica. Como entidad cultural y como materia política, se critican el andamiaje opresor y los inventos sociales de la superioridad, la tradición o el hábito ancestrales. Los grandes temas del pensamiento feminista son la historia, el cuerpo y el lenguaje; el orden y las órdenes de un sistema patriarcal son sometidos a las pruebas de la verdad ya no desde los pasillos del despecho, sino desde las voces del testimonio y la acción. En cuanto a las reivindicaciones políticas, se denuncia la conjura entre el paternalismo estatal y las desigualdades. Enfrentar esta opresión en el orden social también implica un proyecto psicológico; en palabras de Alda Facio «significa romper con nuestra forma androcéntrica de sentir y pensar el mundo, lo que implica romper con esquemas mentales y cuestionar estructuras sociales que han ido condicionando una cultura masculina a lo largo de por lo menos cinco siglos» (*¿Feminismo...?*, p. 153); y según Marta Trejos, «si alguien necesita atreverse a vivir a la intemperie es la mujer. Sólo allí perderá el miedo a la oscuridad, se reconocerá en las estrellas...» (ídem, p. 231). Mirta González, autora de *Estudios de la mujer: conocimiento y cambio* (1988), y *El sexismo en la educación* (1992), plantea, además, problemas en el orden conceptual: ¿qué es el feminismo?; ¿cuántas

<sup>10</sup> Hay algunos antecedentes que conviene, al menos, mencionar: *El gran incógnito* (1953) de Luis Barahona; *El ser de la nacionalidad costarricense* (1964), de José Abdulio Cordero; y ensayos como «Los ticos y la máscara» (1960), de Mario Alberto Jiménez; «El costarricense en la literatura nacional», de León Pacheco; o «La isla que somos» (1970), de Isaac Felipe Azofeifa.

<sup>11</sup> Redactando estas páginas, llega a mis manos un libro riguroso y sistemático sobre el tema: *Costa Rica, el discurso de la patria* (1995), de Alfonso González Ortega. Su aporte, desde la psicología social, podría darle un nuevo impulso a las reflexiones sobre las representaciones de lo costarricense.

<sup>12</sup> Una ocasión propicia fue un Simposio Internacional de Literatura, celebrado en San José de Costa Rica en 1984, dedicado al tema de la literatura femenina. En ese encuentro convivieron numerosas perspectivas, muchas de ellas encontradas: las inquietudes epistemológicas, los análisis prácticos, las tesis afirmadoras, y hasta los tonos reivindicativos.

<sup>13</sup> Ver Linda Berrón, ed. *¿Feminismo en Costa Rica?* (San José: Editorial Mujeres, 1995). La *Antología femenina del ensayo costarricense*, hecha por Leonor Garnier, pese a su llamativo título, no pasó de ser una compilación de escritos, de muy diversa índole, escritos por mujeres costarricenses.

posiciones o variedades existen?; ¿cuál es su estatuto político? Edda Quirós, psicóloga de profesión, recupera el tema del cuerpo de la mujer, no hecho solo de vida y movimiento, sino también de historia y representaciones. En una sociedad gazmoña, la mujer no habita su cuerpo; lo padece como cárcel: «Los mandatos culturales que recibimos las mujeres -afirma- no nos facilitan adueñarnos de nuestro cuerpo y, por ende, de nuestra vida; esto nos hace más vulnerables frente a cualquier proceso de pérdida de equilibrio en nuestra salud física y mental» (*¿Feminismo...?*, p. 206). En general, el pensamiento feminista en Costa Rica, incluido su discurso ensayístico, gira en torno a un proyecto social, más que a tesis de orden moral o filosófico; defender los derechos de la mujer es, en una sociedad como la costarricense, más urgente que resolver prácticas morales, preferencias sexuales o sutilezas epistemológicas.

### El ensayo filosófico

El ensayo ha sido la configuración natural del pensamiento filosófico. En Costa Rica la riqueza y diversidad de la actividad filosófica son principalmente productos de las fuentes europeas, y más recientemente del pensamiento anglosajón, y del contexto latinoamericano. En cuanto a las disciplinas visitadas, también la variedad es notable: filosofía política, epistemología, ética, filosofía de la educación, metafísica, estética. Y por lo dicho hasta ahora, la actividad filosófica también ha explorado terrenos aledaños: las ciencias y la tecnología, los estudios sociales, el arte, la religión. En un libro reciente, *La voluntad de pensar* (1993), el filósofo Carlos Molina, su compilador, afirma que en la actualidad la filosofía en Costa Rica «constituye un saber de ultimidades, localizado en las fronteras mismas de lo cognoscible; un intento nunca consumado de explicitación de todas las preocupaciones, de interpretación única e integradora de todos los textos de la experiencia» (p. 19).

Sin caer en la ordinaria catalogación, es muy difícil trazar un panorama del ensayo filosófico en Costa Rica. No han faltado, por fortuna, los espacios de reflexión y de estímulo; la *Revista de Filosofía*, de la Universidad de Costa Rica, fundada en 1957 por Constantino Láscaris, es un ejemplo de persistencia y generosidad; pero además hay casas editoriales y páginas de periódicos (ver nota 3) que han puesto en movimiento distintas formas del saber filosófico.

El pensamiento sobre la educación ha sido muy frecuentado. Estimulados por la experiencia docente, filósofos como Guillermo Malavassi, Fernando Leal, Roberto Murillo, María de los Angeles Giralt, o

Jaime González revisan el papel de la educación en cuanto constructora de una identidad, social o individual, del ser en la cultura. Las relaciones entre la ética y el hacer pedagógico son objeto de atención en *Filosofía, Política y Educación superior* (1979), de Fernando Leal; en *Verba facere* (1986) y en *Por el camino de la ética* (1993) de Malavassi; en *De gente universitaria* (1983), de Claudio Gutiérrez.

Por ser un campo tan amplio y diverso, el ensayo de filosofía social y política cuenta con un notable patrimonio. Entre lo particular y lo general, muchos filósofos se han dedicado a otear el papel de la política en la historia costarricense. Algunos hacen una crítica al poder; y otros valoran las relaciones entre los principios políticos y el desarrollo de las instituciones sociales de la nación. Helio Gallardo, por ejemplo, sitúa el quehacer filosófico en la historia social concreta; entre otros, destacan sus libros *Pensar en América Latina* (1981), *Teoría y crisis en América Latina* (1984), y *Cultura, Política y Estado* (1985). Se trata de un concepto del hacer filosófico y del quehacer ensayístico que también comparten los escritos de Jaime González, quien incursiona además por los meandros de la ética profesional y la acción social: *Comunicación social y dominación ideológica* (1981), *Reflexiones éticas* (1982), *Lucha y estrategias políticas* (1990). Manuel Formoso es un incansable articulista, cuyos escritos de prensa reunió en *De unicornios, política y planetariedad* (1993), y un notable pensador que ha analizado a fondo la historia de las ideas en *Las ideas políticas: nueve lecciones* (1985). Como para otros de su generación, Formoso entiende que la historia de las ideas es al mismo tiempo las ideas de la historia. Arnoldo Mora, por ejemplo, plantea desde el discurso ensayístico un quehacer filosófico no en abstracto, sino en lo que ello tiene de interpretación y comprensión de la circunstancia inmediata; sus más recientes libros lo atestiguan: *Perspectivas filosóficas del Hombre* (1991) e *Historia del pensamiento costarricense* (1992).

Coexistiendo o encadenándose a veces, los ensayos sobre ciencia y tecnología y las reflexiones sobre lógica y epistemología hacen de la especulación un oficio riguroso, quizá menos imaginativo, pero destinado a medir con precisión el papel de las ciencias exactas y naturales en el mundo contemporáneo, y en particular en la sociedad costarricense. Ya habíamos mencionado algunos trabajos de Claudio Gutiérrez, quien recientemente, y en coautoría con Marlene Castro, ha publicado *Informática y sociedad* (1987), y *La sociedad computarizada* (1990). También conviene recordar los ensayos de Fernando Leal, *Ensayo sobre ontología de la mente*; de Rafael Angel Herra (n. 1943), *Violencia*,



*tecnocratismo y vida cotidiana* (1984); y de Luis A. Camacho, *Ciencia y tecnología en el subdesarrollo* (1993). Junto a ellos, numerosos filósofos jóvenes se encuentran trabajando en estas relaciones entre la ciencia, la inteligencia artificial, y sus implicaciones éticas en el futuro (Edgar R. Ramírez, Guillermo Coronado, Eduardo Saxe, entre muchos otros).

El ensayo en el campo de la metafísica, y de la llamada filosofía «pura», coexiste con las reflexiones de filosofía política, historia del pensamiento o ética. Hay, sí, algunos pensadores que han dedicado más páginas a esta modalidad: Roberto Murillo (1939-1994), autor de *Estancias del pensamiento* (1977), *Tres temas de filosofía* (1982), y *La forma y la diferencia*; o Francisco Alvarez, sagaz pensador en torno a la cultura contemporánea de Occidente, en *El reto a la mediocridad* (1986), *Camino de sensatez* (1990), y *Los intelectuales y sus mitos* (1992). Una forma más imaginativa del ensayo filosófico, sobre temas del arte y la estética, tiene Rafael Angel Herra en *Lo monstruoso y lo bello* (1978), y *Las cosas de este*

*mundo* (1990). Oscar Mas Herrera, José Alberto Soto, Rosa Giberstein y Amalia Bernardini también han dedicado estudios a diversas manifestaciones específicas del pensamiento occidental, en especial el europeo.

Queda, desde luego, mucho por decir. El libre ensayo, por ejemplo, apenas puede mencionarse, dada su variedad y abundancia; desde los artículos periodísticos sobre temas cotidianos, hasta las heterodoxias discursivas de algunos pensadores modernos, incluidos manifiestos literarios, políticos o éticos. En general, el ensayo contemporáneo en Costa Rica busca dilucidar e incluso elaborar símbolos y representaciones de la nación. Sus tentativas y anclajes son numerosos, y sus resultados fecundos. A falta de una historia multiseccular, el ensayo costarricense se ha concentrado en la actualidad; en un presente poblado de costumbres, proyectos políticos, sinsabores e ilusiones. La escritura se torna, así, en un ejercicio del saber presente, y de las posibilidades de crear propuestas, inteligentes y viables.

